

NI DOY FRUTO NI DISFRUTO

Introducción. Son dos palabras que están íntimamente relacionados, disfrutar y dar fruto son sinónimas. Una vida cargada de frutos, de satisfacción, de reconocimiento de las cosas bien hechas es una de las experiencias más gozosas que podemos vivir. Cuando a finales del año pasado, el día 31 de diciembre, se nos invitaba en la celebración que cerraba el año a hacer balance de todo lo vivido, para mí fue un momento de mucha gratitud. Recordar, volver a pasar por el corazón, es volver a hacer arder el corazón al reconocer los pasos acompañados que Dios da a nuestro lado. Haciendo un repaso al año, a toda la historia de mi vida en general, compañías, diálogos, lugares, paisajes, experiencias, nos hacen unos tremendos afortunados. Descubro que todos los frutos que mi vida puede dar son gracias a toda la confianza que Dios deposita en mi vida.

“Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos porque el siervo no sabe lo que hace el amo. A vosotros os he llamado amigos porque os comuniqué cuanto escuché a mi Padre. No me elegisteis vosotros; yo os elegí y os destiné a ir y dar fruto, un fruto que permanezca; así, lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concederé”. Jn 15,13-16.

Nos llama el Señor amigos, y ese es el motor de nuestra respuesta. No es la exigencia, el deber, el compromiso, sino la gratitud, el tener un corazón que se siente profundamente agradecido por lo que está viviendo y Dios le va regalando. Cuando hay alegría y amor la vida se vuelve fácil y espontánea. Si todo nos cuesta demasiado, perdonar, servir, entregarse, enfrentarse a lo desconocido, es que nos falta la alegría y todo lo intentamos resolver a base de exigencia y de obligación. Ahí la vida se vuelve cuesta arriba, cansada, fatigosa, y es cuando más necesitamos la cercanía del Buen Dios.

“Dichosos en cambio vuestros ojos que ven y vuestros oídos que oyen. Os aseguro que muchos profetas y justos ansiaron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron”. Mt 13,16-17.

Hay muchas cosas que vivimos que por la vertiginosa velocidad con la que pasan los días, por lo ajetreado de nuestros ritmos y por la falta de tiempo que dedicamos a la meditación y a la contemplación. Necesitamos cada vez más espacios para situar y ordenar todo lo que vivimos. Porque la carrera frenética hacia futuros inciertos nos va dejando profundamente agotados y confundidos.

Lo que Dios nos dice. “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos, es lo que os anunciamos: la palabra de vida. La vida se manifestó: la vimos, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Lo que vimos y oímos os lo anunciamos también a vosotros para que compartáis nuestra vida, como nosotros la compartimos con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que se colme vuestra alegría”. 1ª Jn 1,1-4.

La alegría colmada no es algo utópico o inalcanzable. No es un espejismo que se nos vuelve imposible de conseguir. Y nada tiene que ver con que las circunstancias que nos rodean sean favorables. Tiene más que ver con lo acompañados que nos sentimos a la hora de afrontarlas. No es buena la soledad impuesta, no es bueno el monólogo constante. El acribillar nuestra mente de reflexiones estériles, estamos llamados a una vida en compañía, en comunión, en permanente relación. Eso es lo que nos ofrece la fe. Y los frutos que estamos llamados a dar tampoco son exhibicionistas o que deslumbren a los demás. No iluminamos para deslumbrar, sino para iluminar. Nuestros frutos son los del Espíritu Santo que nos explica Pablo en la carta a los Gálatas:

“Por el contrario, el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio propio. Contra eso no hay ley que valga”. Gal 5,22-23.

Damos fruto y disfrutamos cuando somos capaces de acoger todas las realidades personales, relacionales, los acontecimientos que nos rodean, no con juicio, con queja, con tristeza, solos, sino como ocasiones que Dios nos regala para ir descubriendo su presencia y su amor.

Cómo podemos vivirlo. Acabadas las fiestas de Navidad se nos ofrece a todos los creyentes la posibilidad de aprender de Jesús cómo era su vida ordinaria, como se relacionaba con su Padre, como se acercaba a las necesidades de los demás, como acogía el sufrimiento y el dolor de convivir con tantos desfavorecidos y pobres. En Jesús no vemos la frustración de alguien a quien le cuesta vivir, sino la abundancia de vida, la plenitud, de quien se enfrenta de cara a todo lo que roba la dignidad a lo humano. Jesús nos enseña a hacer del tiempo una historia de salvación, y de cada una de nuestras vidas una historia de amor acompañada y bienaventurada.